

no que la nutre y del aire donde respira. La nómada tomó de aquella grande Armenia, célebre por sus mujeres, donde radicaron los orígenes de su familia semítica, tanto como de Caldea, donde naciera, y de Siria y de Palestina, donde habitara, los rasgos más sobresalientes y los reflejos más deslumbradores. ¡Terrible peligro para un esposo llegar con una mujer así, de tal origen y porte, al seno de un imperio mandado por aquellos Faraones, los cuales prestaban tanto culto al placer y requerían en combates y en invasiones las mujeres más hermosas para su harén! Si buscaban así las apartadas y ajenas, imaginaos cómo buscarían las que por cualquier evento se colocaban ellas mismas á los alcances de su mano y se iban hasta las puertas de su harén. El nómada lo entendió bien pronto y tomó, en consecuencia, precauciones que sirvieron á su vida propia, pero no á la castidad de su mujer. En cuanto los egipcios vieron á Sara, notificáronle su presencia y su hermosura increíbles al sensible Faraón que dominaba sobre aquellas tierras sometidas de antiguo á viejo despotismo.

Faraón mandó cortesanos suyos al caldeo por su nacimiento, sirio por su adopción, semita por su sangre, para que le requirieran y le preguntaran con qué condiciones y bajo qué títulos traía mujer

tan hermosa como Sara y tan dulce de ver á tierra como el Egipto, donde tanta necesidad había de quedarse con las mujeres ajenas, de las cuales el regio harén se nutría y poblaba. Si el concepto de la familia hubiera estado más puro en el pensamiento de Abraham, y los celos generados por la monogamia hubieran podido levantarse á una en el corazón de aquel polígamo, antes matara á su mujer que darla de grado al déspota, y antes muriera él que pasar por las torturas inenarrables de ver en ajenos abrazos al objeto predilecto de su amor. Pero necesitamos trasladarnos con el pensamiento á los tiempos aquellos para poseernos bien de los móviles é impulsos á que obedece proceder tan extraño como el proceder de Abraham. En el período de los pueblos nómadas, cuando la familia, y con la familia la sociedad entera, va errante por el mundo, no pueden fijarse, ni las leyes, ni las costumbres, ni los organismos políticos, ni las instituciones sociales, ni la religión misma, ni la misma moral. El nómada tiene que pelear mucho, pero también tiene que transigir. Cuando la fuerza le cierra el paso, ábrelo con la fuerza. Pero muchas veces, en el curso continuo de su vida, en el cambio de situaciones y de tierras, en el encuentro con otras razas más fuertes ó más cultas, necesita con imprescindible necesidad amoldarse á todo cuanto encuen-

tra y vestirse con las formas varias que le ofrece al paso la vida con que fatal y necesariamente se roza. En el movimiento continuo, en la traslación forzosa de un punto á otro, en el cambio de ideas, en la peregrinación incesante y diaria, no cabe la fijeza de leyes é instituciones natural á las sociedades formadas y sólidas. Por consecuencia, fuera del gobierno fijo en el patriarca, y fuera de la sumisión por todos al patriarcado debida, no hay allí nada fijo, ni la religión que cambia de templo y altar á cada paso, ni la familia misma cuyas relaciones han de transformarse por necesidad al contacto con las circunstancias externas. El Dios que va en una tienda de palmas no puede compararse con el Dios alzado en templo de granito. La familia que se recoge dentro de un hogar tan fuerte y tan duradero como el suelo donde radica, no puede compararse con la familia por principios fijos animada. Ni la idea de Dios, ni la idea de sociedad, ni la idea de patria, ni la idea de familia mucho menos, pueden ser fijas donde todo es nómada. De aquí aquella ignorancia en que Abraham se hallaba respecto del derecho ejercido sobre su mujer y del carácter, no bien monógamo, ni bien polígamo, de su familia. Por consecuencia, cuando le preguntaron por sus relaciones con la mujer propia y le dijeron que Faraón deseaba saber sus condiciones,

y su carácter, y su ministerio en la casa, responde que Sara no es verdaderamente su mujer propia, sino su hermana natural. Tras tal respuesta no había más remedio que ver á Sara en el palacio de Faraón.

La Biblia describe, según su método, todo cuanto nosotros hemos descrito según el método moderno y con las reflexiones propias de nuestro estado histórico. Veamos los capítulos undécimo y duodécimo del Génesis. En los finales de aquél comienza esta peregrinación de la familia semita: «Y tomó, dice, Tharé Abraham, su hijo, y á Sara, su nuera, mujer de Abraham, su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos para ir á la tierra de Canaán. Y vinieron hasta Harán, y asentaron allí. Y fueron los días de Tharé doscientos cinco años. Y murió Tharé en Harán. Empero Jehovah había dicho á Abraham: «vete de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, á la tierra que te hemos designado, y haré de ti una grande nación. Y te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y te llamarás bendición. Y bendeciré á los que te bendijeren, y á los que te maldijeren maldeciré. Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.» Y fuese Abraham, como Jehovah le dijo. Y tomó Abraham á Sara su mujer, y Lot, hijo de su hermano, y toda su hacienda, que habían ganado,

y las almas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir á tierra de Canaán y á tierra de Canaán llegaron. Y pasó Abraham por aquella tierra hasta el lugar de Sichem, en el valle de Mareh, donde se fijó. Y apareció Jehovah á Abraham y le dijo: «á tu familia daré toda esta tierra.» Y edificó allí un altar á Jehovah, que se le había aparecido. Y pasóse de allí á un monte, al Oriente de Bethel. Y tendió su tienda, teniendo á Bethel al Occidente y Har al Oriente. Y edificó allí altar á Jehovah é invocó el nombre de Jehovah. Y movió á Abraham de allí, caminando y yendo hacia el Mediodía. Y hubo hambre en la tierra y descendió Abraham á Egipto para peregrinar allá, porque era grande el hambre en la tierra. Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo á Sara, su mujer: «he aquí ahora conozco que eres mujer hermosa de vista. Y será que cuando te habrán visto los egipcios dirán: «su mujer es; y me matarán á mí, y á ti te reservarán la vida. Ahora, pues, di que eres mi hermana para que yo haya bien por causa tuya y viva mi alma por amor de ti.» Y aconteció que como entró Abraham en Egipto, los egipcios vieron la mujer, que era hermosa en gran manera. Viéronla también los príncipes de Faraón y se la alabaron, y fué llevada la mujer á casa de Faraón. É hizo bien á Abraham por causa de ella, y tuvo ovejas, y vacas,

y asnos, y siervos, y criadas, y asnas y camellos.»

Mucho debió combatir Abraham consigo mismo antes de ceder al déspota la esposa favorita. Compañera suya desde la niñez, recuerdo vivo de la patria dejada tan lejos por el impulso natural de la vida nómada, coopartícipe de todos sus trabajos y de todas sus penas en la inmensa peregrinación por el desierto, providencia del hogar ambulante, reina de la familia y de sus criados, la separación debía costarle mucho; pero una imprescindible necesidad imperiosa de vivir en paz con aquellos á quienes encontraba en su camino, le impuso este sacrificio, comprensible allá en los tiempos que no habían fijado ni las leyes ni los hogares, pero incomprensible al resplandor de la conciencia moral que brilla en estos nuestros tiempos. Naturalmente, la vida nómada resulta en las evoluciones históricas un grado, y nada más que un grado, superior á la vida salvaje. Hay entre ambas una diferencia, que mientras el salvaje corre al acaso por sus desiertos y por sus selvas, como los elementos materiales ó como las especies inferiores, sin proponerse ir á ninguna parte, y llevando la mujer junto á sí como lleva el macho á la hembra, los nómadas han fundado ya la familia, y en compañía de la familia formada, van, especie de pueblo incipiente y de sociedad en germen, á un lugar de antiguo conocido y desig-

nado. Hay familia entre los nómadas primitivos, entre los fundadores primeros de una sociedad incipiente; pero la familia no tiene aquellas relaciones fijas tan propias de los pueblos cultos y tan difíciles donde no ha podido fijarse con exactitud y con fidelidad el hogar doméstico siempre ambulante. Por tal razón y motivo no debemos extrañarnos mucho si Abraham deja de sentir los escrúpulos que hubiera un hombre de nuestra civilización sentido al arrebatarse por fuerza ó por engaño la compañera de su vida, la depositaria de su honra, la esposa de su alma, la madre de su familia.

Los enciclopedistas han juzgado todos estos hechos al resplandor de las ideas modernas, y juzgándolos así, no han podido comprenderlos. Para conocer todos estos hechos á ciencia cierta, ya lo hemos dicho, precisa trasladarse á la época y á la tierra donde sucedieron. Su primera extrañeza maravilla por la simplicidad. No comprenden que territorios ricos y poblados como Caldea fuesen por sus mismos hijos puestos en olvido y cambiados por una tierra ingrata como la estéril y despoblada Palestina. Quien así discurre olvida con extraña facilidad cómo á nuestra misma vista casi, en los tiempos modernos, han peregrinado razas enteras del viejo al Nuevo Mundo tan sólo para buscar en este último un templo á su Dios y un seguro á su

derecho. Abraham sentía dentro de sí, ó bien por las revelaciones de su alma, ó bien por la enseñanza de los magos que le circuían, invencible vocación al culto de una idea nueva, desconocida entre las gentes donde naciera, idea necesitada de otro espacio más propicio á ella en el mundo para brotar y desarrollarse. Por consecuencia, razones de fuerza moral ó razones de fuerza material militan muchas veces en pro de peregrinación ó destierro impuestos por la necesidad, que no se rige toda nuestra vida con el puro y libre albedrío. El Abraham de los caldeos buscaba, como el puritano de los ingleses, una tierra más pura que su patria natural para erigirla en ara del Dios de su conciencia, ya fuese revelado por una revelación interior, ya en ajenas y sabias enseñanzas aprendido. Por consecuencia, el nómada recorría las mesetas de Armenia, las orillas del Tigris y del Éufrates, la vieja Siria, la montañosa Palestina, en pos de un templo y de un santuario donde poder guardar aquella idea divina, cuya posesión le constituyó á él y constituyó á los suyos en predilectos sacerdotes del Eterno, con un encargo providencial tan extraordinario como transmitir á la posteridad este culto. Por consecuencia, razones materiales de guerra ó hambre unas veces, razones morales como el anhelo de su libertad otras veces, explican la vo-

cación así nómada como religiosa de Abraham. Otra mayor extrañeza presentan los enciclopedistas como grande objeción á las narraciones de los libros sacros. Esta mayor extrañeza estriba en creer que no podía fijarse un rey de pueblo tan civilizado entonces como Egipto en mujer de origen tan extranjero como Sara. El respeto y el culto prestados por los egipcios á sus monarcas se conoce con fijar vista y atención en el nombre con que los designaban. Llamábanlos Faraones, lo cual quiere decir tanto como hijos del Sol. ¿Y estos Faraones, preguntan los enciclopedistas, habían de fijarse, ni por un momento, en mujer tan vulgar como Sara? Hija de un alfarero, esposa de un nómada, sin patria por motivo de sus emigraciones, sin hogar fijo, atezada por el sol y el viento de los desiertos, curtida por las inclemencias del aire, puesta en la necesidad cruel de amasar su pan y vigilar su ganado, ya muy entrada en años, no podía ofrecer atractivos bastantes, al llegar de Canaán á Egipto, en burro, quizás á pie, para que los oficiales del palacio regio la delataran á Faraón y éste la pusiera entre sus mujeres predilectas. Confesemos que desconoce mucho las perversiones propias del humano linaje quien olvida cómo para estos pervertidos tiranos del harén en la novedad residen el atractivo y el gusto.

Lo cierto es que Sara entró en los palacios faraónicos. Los egipcios no adolecían de tristes; todo lo contrario, adolecían de placenteros y alegres. A pesar de haber fijado su pensamiento en la muerte, y llamarse aquella su región el reino de los muertos, lograron hacer del cadáver la momia plácida que veis, y del sepulcro caja tan olorosa y pintada, que la creeríais el verdadero lecho de todos los goces. La palabra inscrita en las leyendas egipcias es aquesta: «lograr un día de felicidad.» Los palacios reales, espaciosos por sus proporciones, ligeros por sus adornos, aireados como conviene á estos pueblos del Mediodía, tan bien dispuestos para procurarse la sombra y la frescura indispensables al cálido clima, colocados fuera de las poblaciones, por florestas umbrosísimas circuidos, de terrazas coronados, abiertos en galerías y balcones desde los cuales se veían los plátanos y los sicomoros en torno de lagos donde abrían sus corolas sacras los litúrgicos lotos, ofrecían todos los seguros necesarios para someterse á todos los caprichos del placer expresados por aquellas columnitas de cedro y de madera doradas, por aquellas celosías de mil colores parecidas á pajareras, por aquellos kioscos adornados de almohadones que semejaban lechos convidando al placer, por aquellas copas donde rebosan las bebidas embriagadoras y aquellos pebeteros que disipan

en los aires aromosas y voluptuosísimas esencias. Los patios no se acaban nunca, porque los palacios en Oriente no se reducen á meros edificios de un solo corte y de una sola forma; representan y suman grande aglomeración de varios edificios parecidos á una ciudad, cuyas calles, y plazas, y viviendas se vieran unas de otras aisladas por medio de maravillosos jardines. A la entrada, la sala del trono, donde aguarda el déspota los obsequios y atenciones de los suyos, que penetran de rodillas, tendido en el diván. Detrás del salón ceremonioso, cruzado por verjas triples y recatados portones, brillan los harenes, sitios de delicias, donde Sara fué recluída para gozo, y agrado, y entretenimiento, y recreo de su nuevo señor.

Allí debió encontrarse muy ajena de suyo á sí misma la buena Sara. En el gran trabajo de la vida nómada una mujer tiene mucha participación, y esta participación le permite y le consiente mucha soberanía. Por consecuencia, el placer y el extraordinario lujo de una corte sensual no debían compensarla mucho del triste abandono en que debía dejar otras prerrogativas más altas y más satisfactorias, como la dirección de su propio hogar y el cuidado de su familia. En aquellos tiempos las causas morales uníanse ó ligábanse mucho más que ahora, en estos nuestros tiempos, con los efectos

físicos. Y es lo cierto que, á poco de hallarse allá en el harén de Faraón la mujer de Abraham, comenzaron á sentirse perturbaciones físicas sin cuento en la tierra y en el cielo, traídas por esta perturbación moral de quedarse un rey con la mujer perteneciente á un emigrado. Aunque Abraham dijera, por temor á la muerte, que sólo un lazo de natural hermandad había entre su mujer y él, no debieron creerlo cuando Faraón le colmó de favores por sus complacencias. No estaban muy claras las nociones de moral en teólogo de tamaño fuste al recibir dones y presentes sin escrúpulo por tolerancias sin excusa. Y no debía parecerle cosa importante de considerar el origen más ó menos legítimo de las riquezas según las adquiría y guardaba, no obstante lo turbio del manantial que las fluyera en sus manos. Pero se conoce que los donativos de Faraón, si obraron en el ánimo de su patriarca, no así en el ánimo de Dios, quien mandó pestes y asolamientos, airado, y mucho, á tal indignidad. Y es lo cierto que, después de haberle arrebatado la mujer, viendo cómo este rapto no le traía sino tribulaciones y desdichas, Faraón llamó al hebreo y le dijo que se fuese con la mujer y el hogar á cuevas hacia la tierra de donde había venido. No se lo dejó decir dos veces el santo patriarca, y se volvió á Canaán, bien que repleto de riquezas allegadas

por medios, los cuales harían hoy, en este tiempo tan condenado por la crítica piadosa ¡oh!, sonrojarse á un marmolillo. De tal modo el progreso ha logrado extenderse á todas las manifestaciones de nuestra natural complexión y mejorar las humanas condiciones hasta en lo relativo á su intrínseca moralidad.

El donativo de Faraón al patriarca se compuso de ovejas, bueyes, camellos, asnos, siervos y siervas. El comentador alemán Bohlen descubrió mácula en este relato, por creer que no cuadraban los animales mencionados á la fauna del Egipto. Según este sabio, hay en el relato de la Biblia ciertos animales que no son egipcios, mientras no hay otros que lo son. Omite la Biblia el caballo egipcio, tan hermoso y ligero, mientras habla de ovejas y dromedarios, desconocidos en aquella tierra. El Egipto no producía entonces camellos, ni aun asnos, muy detestados estos últimos á causa de su color, que hacía mal de ojo y llevaba nefastos augurios en el común sentir de pueblos tan supersticiosos. Tales son las reflexiones del sabio alemán, que se contestan por la crítica moderna y quedan refutadas en los descubrimientos arqueológicos que han en estos nuestros tiempos abrigado y enriquecido nuestras historias. La oveja, llamada *sau* en lengua egipcia, hállase tallada ya en

los monumentos conmemorativos de la duodécima dinastía, los cuales mencionan un propietario, labrador, ganadero, como queráis, dueño de tres mil doscientas ocho cabezas de ganado. Y lo que decimos de la oveja decimos del buey, consagrado ya en la liturgia egipcia cuando Abraham visitó el Egipto. Y lo que decimos, así del buey como del carnero, lo decimos del asno, mencionado en papiros de aquel tiempo, donde constan riquezas múltiples consistentes en ganado de esta clase. Aunque no se ven reproducidos los camellos en ninguno de los monumentos antiguos, tampoco debe concluirse de esto su ausencia completa en los valles del Nilo, al saber que ciertos animales, como los gatos, no podían ser, por religiosas ordenanzas inexplicables, pero en pleno vigor entonces, ni pintados ni esculpidos. Y, por lo contrario, la omisión del caballo, tan zaherida por el sabio alemán, está muy justificada por los descubrimientos modernos, pues no los había en tiempo del patriarca, debiéndose á ciencia cierta su aparición por allí al triunfo y conquista de los hyksos, que los llevaron uncidos en sus invasiones terribles á los viejos carros de guerra. Lo cierto es que Abraham volvió del Egipto á Palestina muy rico, no sólo en los ganados ya dichos, en plata y oro contantes. Sus rebaños crecieron en tales términos, que tuvo necesidad imprescindible de

procurarles mucho alimento, para lo cual apartó de allí los ganados también múltiples de su sobrino Loth, y le mandó á otra tierra. Los pápiros anteriores al viaje de Abraham no mencionan el oro y la plata en Palestina y Siria, mientras mencionanlos á una los pápiros posteriores. Esto prueba que la plata y el oro pasaron, como cree la ciencia moderna, de los nubios á los egipcios y de los egipcios á los cananeos. Por una singularidad bien comprensible, abundaba más el oro que la plata en Egipto; ¡como que llevaban aquel metal riquísimo, en abundancia, los arroyos etiópicos! Y esta célebre aparición del oro debe fijarnos mucho, porque revela cómo no han menester el comercio los movimientos de las familias nómadas después de haber surgido todos estos motores naturales del cambio que tanto facilitan la concurrencia.

Los nómadas están de vuelta en su tierra predilecta, en la prometida por Dios á su pueblo. El viaje por tantas comarcas y el comercio con tantas inteligencias no ha valido más que para robustecerlos en su idea de la unidad divina y prepararlos á nuevos ritos y á nueva liturgia que consagran los dogmas é iluminan los altares. A la sombra de un terebinto erige un ara donde ofrece religiosos sacrificios en ceremonias muy sencillas al Eterno. El dogma que había entrevisto en Caldea se robustece

y se confirma en Egipto. Sobre tantos ídolos, en torno de todos ellos, como la luz y el aire sobre los seres, y en torno de los seres terrestres, extiéndese la unidad misteriosa de Dios. A esta unidad adhiere Abraham la suerte de su familia viva y de toda su futura descendencia. Por tal motivo y razón la guarda con cuidado y la extiende con actividad. Así constituye una especie de sacerdocio consagrado á esa idea. Y como constituye una especie de sacerdocio, arregla los sacrificios y arbitra los ritos sacerdotales. Para los sacrificios designa varios animales como el toro, el cordero, el palomo mismo. Y entre los ritos prescribe la circuncisión. Esta práctica religiosa no era conocida ni de los fenicios ni de los sirios cuando llegó á sus tierras Abraham. Ni uno ni otro pueblo la tenían. El hijo de Damasco, Eliecer, que acompañara siempre al patriarca y compartiera sus penas, pertenecía por su estirpe, y por su raza, y por su religión, al número de los incircuncisos. Quien practicaba de tiempo inmemorial esta circuncisión era el pueblo egipcio. Testifícanlo así los más viejos monumentos. En las excavaciones de Karnak hase hallado viejo bajo relieve que representa una escena de esa especie. Para la operación dolorosísima servíanse los egipcios de un cuchillo de piedra, consagrado por las tradiciones, y demostración palpable de que tal